

OTRA

natalia carrero

Esta tiene que funcionar.

No sólo era la botella.

Evaporación del poema Bébeme.

*Elucubraciones obsesivas sobre la pérdida,
abandonos y por ahí.*

También podéis considerarme una novela polimórfica:

*nunca termina de arrancar, como la lengua ebria que
tropieza mientras anuncia kdlkjfjhdjhf.*

*Otra tentativa papelística abocada al fracaso,
en fin y principio*

Dedicatoria

Quisiera hablarte de la historia poco lineal y reiterativa, condensada y evaporada en distintos tramos que aún sigo escribiendo y borrando. Llevo tantas noches con este forcejeo de novela que desearía abandonarla, obviarla. No he alcanzado esa clase de final o redondez supuestamente magistral que, de haber tenido la destreza de medir bien cada frase y cadencia, cada silencio, así como otras variables que nunca pretenderé controlar, tal vez aportara cierta sensación de calma después de turbulencias, aire fresco sobre paisaje al atardecer. Exento de virus, añadido ahora.

Comprobarás que esta escritura con ambiciosos precipicios a los que me asomo y en los que no evito perderme como una buena ménade desea reconocimiento, ser apreciada, valorada como digna de ser leída con fines no sólo retóricos. A estas alturas de mi vida, a novecientos metros sobre el nivel del mar junto a un círculo de poco más de

diez personas, soy consciente de que no todo es ni puede ser literatura.

Pienso ahora en el mundo como una enfermedad perenne. ¿Y si algunas reflexiones, o la lenta escucha de determinadas líneas, esta y otras voces cargadas de resonancias, lograran desplazar ciertos malestares que impelen a creer en la dependencia de tal o cual droga? Me refiero a cualquier sustancia que genere modificaciones en nuestro cuerpo; no importa si líquida o sólida, si extraída de la tierra o sintetizada en laboratorio, si dispensada en farmacias localizadas desde una aplicación de móvil o en esquinas poco frecuentadas a la luz mortecina de una farola.

No dice directamente esta escritura que busca amor, pero cómo lo desea. Amor es comprensión que acompaña y alegra la vida en su conjunto, no en plan individualista; una emoción nada fácil de fotografiar pues no se trata de un beso ni de una pose artificial. Al igual que algunas drogas, el amor también puede aportar serenidad, consuelo y cierta predisposición contemplativa. Puede calmar a quienes atravesamos situaciones tan agitadas que formas y colores se fundieron y confundieron en una oscuridad casi compacta. En esa densidad que trato de referir después de haberla experimentado, incluso las palabras dejaron de fluir; silencio y casi muerte.

Un manotazo gigante despejó nuestros sueños. Los ojos abiertos notificaron que algo estaba ocurriendo. No llegamos

a saber qué. El piso familiar donde crecimos azuzados por el miedo apenas significó refugio. La palabra bienestar, que entonces no se aplicaba con la falsa corrección actual, hubiera sonado a chiste vacío.

En esa desesperanza se filtró sin embargo la posibilidad de vivir lo que tocara vivir o desesperar, para contarlos más adelante. Ya sabes que hablo en retrospectiva, desde un asiento con respaldo y vistas a los libros. Abrí los ojos para ir captando imágenes que serían archivadas en un fondo de memoria particular que, al cabo de los años y los avatares, visito con frecuencia para ir elaborando el recuerdo, los recuerdos, a conveniencia.

Una mañana de invierno en un café solitario se presentó la pregunta. Cómo elegir entre tantas maneras de organizar esa narración de la infancia no recuperada, casi devastada. Quisiera enfocarla desde un presente con futuro, con un porvenir más justo y amable, menos desbocado y suicida.

Vuelvo a la historia concreta que nos desunió, Charli; aún somos fragmentos tratando de reunirse. No me hago películas, reconozco mi obsesión por ese tiempo que la inercia y este pensamiento cada vez más aplanado tienden a considerar en términos absolutos. A intervalos desprendidos de las servidumbres cotidianas me sumerjo en este documento que nadie me ha pedido, a la busca no de la nostalgia sino del sentido reelaborado, para el que desearía ese nunca acabar de los cuentos para no dormir.

En el álbum al que recorro cuando me posee la inquietud encuentro demasiadas tomas confusas. Nuestros rostros

lucen expresiones que más parecen burdas pinceladas color carne; de tan movidas, apenas se distinguen los ojos de las bocas y, en más de un jirón de los pigmentos —declaro en voz alta—, aún se filtra la violencia.

Hablar en voz alta al menos una vez en la vida debería ser un rito obligado para quienes nacimos de mujeres discretas hasta la exasperación, educadas para ausentarse dentro de sí mismas hasta el máximo abandono, morir tal cual.

Llegaba a casa el padre seguramente vapuleado por las gestas laborales y los ardores del alcohol de no poca graduación. Eran tiempos del macho ibérico mezclado con western Marlboro piel curtida, whisky de malta y de marca, puros Montecristo y, de vez en cuando, alguna prostituta para inflar aún más la hombría en su máxima acepción ególatra.

Descargó su agresividad sobre todo en ti, el primogénito. Una tarde arrojó por la ventana que daba al patio del edificio contiguo el material escolar desordenado sobre tu escritorio: libros, carpesano, estuche y lápices alpino, cuaderno, escuadra y cartabón, la cartera y la merienda olvidada. Energías desplazadas creo que lo llamarían ahora en algunas terapias psicológicas, a sesenta o setenta euros la sesión con cita previa. Tal vez en la última reunión sobre balances mensuales los colegas le habían negado al señor Ordeno y Mando, nuestro padre, un pedazo de tierra o de tal comisión. Qué importa. Por la tarde te tocó recibir lo que entonces llamábamos hostia, y luego tus pertenencias ventana abajo. Te prohibía llorar aunque doliera, obstaculizaba tus aprendizajes. No llores, aguanta como un hombre

hecho y derecho. Ahora ya puedes lagrimear con razón, por el bofetón que te he dado para hacerte un favor. Un día me lo agradecerás.

A pesar de que, encerrada en mi cuarto del pasillo, me centraba en la perfección de mis deberes, cálculos y redacciones de EGB, las voces fuertes se imponían, impedían que avanzara. Trataba de comprender por qué el insulto, la humillación y la amenaza. Por qué te preguntaba si eras imbécil o idiota y te llamaba cretino. Eso es lo que eres, proclamaba. A qué venía tanta violencia sin haber hecho nada más que estar, encontrarse ahí siendo el hijo.

Charli, imposible creer en algo que abrazara y cuidara. A qué agarrarse cuando suelo, paredes y techo retumbaban en el momento menos pensado. Comencé a realizar llamadas desesperadas sobre el papel: ciertas escrituras urgentes, a menudo deformadas, que con el tiempo acaban exigiendo orden, simplificación, acaso sentido, a no ser que optemos por entregarnos a una gran desestructuración vital. Días oscuros y noches blancas, el cielo en la tierra y los pies en la cabeza, pura confusión de tiempos y coordenadas. Trataba de comunicar lo que estábamos viviendo, llevarlo más allá de las paredes revestidas de papel pintado que impedían trasladar los abusos a la vía pública. ¿Por qué lo que ocurría en casa debía quedarse en casa como algo secreto, además de privado?

Escribir o intentar escribir como espera desesperada en busca de más fuerzas, alianzas, compañías que escucharan. Abrir el cuaderno y percibir ante la página blanca el mar de

posibilidades. Durante noches anoté lo que sucedía en el pasillo, la cocina, el comedor. Nueva tanda de gritos, golpes que son portazos. Martillazos que la imaginación expande como nubarrones de plomo que aplastan el mundo. Llan-tos de la madre. El hijo reducido. Otra intimidación del pa-dre. El insulto final.

Dejé de verte, te ingresaron en el antiguo Hospital Militar, te aislaron en una de las habitaciones para locos que aseme-jaban celdas carcelarias. Paralelismos no tan casuales entre las instituciones penitenciarias y psiquiátricas; sus arquitec-turas, ubicaciones, regímenes internos.

A pesar de que hubo traslados posteriores a otras resi-dencias céntricas y periféricas, privatizadas y concertadas, con diseños y logotipos actualizados, a veces con jardín y trato amable, nunca sortearías el rígido molde social que se te impuso debido a tu mente demasiado imprevisible. La afirmación es un enfermo mental no sonaba a diagnóstico sino a sentencia, a justificación lógica de tu ausencia; una pena que debía ser cristianamente asumida por quienes disfrutábamos de la libertad de crecer y emborracharnos cuan-do quisiéramos.

Ahora eres este nombre elegido, Charli, no como antes, con *y*. Antes fuiste Luischarli, todo junto. Variaste, al igual que tu cuerpo engordó y adelgazó, se contrajo hasta quedar con el eje desviado, produjo excesiva salivación, temblores de manos, oyó voces que arremetían contra ti, no te dejaban en paz. Fueron algunos efectos resultantes de la medicación; el

manicomio químico que con los años terminó por convertirse en tu hábitat, tu medio, puede que también refugio. Asumiste todos los venenos recetados hasta apropiártelos; cada vez que sonríes estás superándolos.

A veces pienso que no volví a descansar desde la madrugada de la ambulancia que alteró el sueño de la calle Platón. Cualquier momento de reposo quedó con la luz roja encendida, la vida en estado de alerta. Te redujeron dos hombres; batas blancas como en las películas cuyas escenas aún pueblan el imaginario colectivo, ese miedo ancestral a ser etiquetado con la palabra locura. Cada uno te agarró por un hombro como si fueras peligroso, un monstruo capaz de alterarse en cualquier momento y tergiversar el orden universal. Ofreciste resistencia, tus rodillas en el suelo fueron arrastradas hacia la puerta.

Transcurrieron años sin verte ni hablar por teléfono. Evité pensar en ti para creer que podía seguir con mi vida como si no fuera cómplice de tu cambio de estatus. En adelante serías un marginal, un ocupante de distintas habitaciones en cuya puerta había una placa con un número.

Hospital psiquiátrico, centro de día, la quinta planta del Clínico, residencia para enfermos mentales, discapacitados psíquicos o personas que no se comportan como la mayoría, disfuncionan. Como cualquier disciplina, la psiquiatría obedece en sus prácticas, protocolos y literaturas a las actualizaciones de su época más o menos líquida.

Estimada clase media que vas acumulando malestares, desajustes y nuevas enfermedades: mientras adquieres un nuevo dispositivo móvil y descargas la última aplicación

para realizar gestiones bancarias, recibe esta cálida bienvenida a nuestras áreas de tratamientos y cuidados específicos, siempre que puedas abonarlos; en caso negativo, solicita una hipoteca hasta el futuro. Es la doctrina del presente: no vivir con sentido común. Conviene invertir en un seguro médico privado, permitir que nos tomen la presión arterial hasta la obsesión y de paso el pelo, tiene usted otra cita médica innecesaria, no la olvide. No toda la sanidad puede ser pública. La salud a la carta se encuentra escaneando el código, a vuestro servicio. La sanidad es primordial.

La palabra esquizofrenia. La palabra paranoide. El orden de las palabras y las siglas. Los protocolos a seguir dependiendo del diagnóstico de cada especialista. Nuevas patologías en la denominada clasificación universal de trastornos mentales, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, esa biblia de consulta obligada para la psiquiatría occidental. Moldes, esquemas, patrones. Despersonalizaciones. Algo así, Charli, algo de todo ese meollo te concernió directamente. Un diagnóstico conformaría tu vida más que los vínculos con tus padres y hermanos. Dejaste de recibir nuestros abrazos y pellizcos demasiado pronto; ningún cómo estás acompañado de una mirada interesada, ninguna mano sobre tus manos temblorosas.

Su locura ya tiene denominación moderna. Es un esquizofrénico paranoide. Años ochenta. Con su aura sofisticada esa palabra aterrizó sobre las mesas y las arcas de las consultas psiquiátricas. En qué tiempos se te ocurrió tener un brote, Charli, y con qué celeridad se actuó con el objetivo de controlarte, ocultarte del entorno donde podrías ser

motivo de ¿vergüenza? No digas nada a tus amigas, me instruyó nuestra madre antes de ir al colegio. Experta en silencios, mentiras y otras difuminaciones. No pronuncies la palabra esquizofrenia. ¿Y qué, si la decía?

Para saber hasta qué punto algo es importante hay que decirlo en voz alta y observar cómo cae y cuánto permanece o tarda en airearse hasta el olvido. Mi hermano es esquizofrénico.

La vergüenza es un sentimiento que sólo podemos permitirnos quienes tenemos asegurado el gluten de cada día y unas vacaciones baratas en la miseria de los demás; con un poco de suerte, a la estampa se añade un prístino mar de fondo y alguna novela policiaca en la que admirar el nombre culto de las orquídeas o las últimas tendencias del arte de la seducción, sección vibraciones satisfactorias.

Comprobé que soltarlo, mi hermano es esquizofrénico, liberaba en parte pero al mismo tiempo creaba cierta marca, ¿estigma? En menos de veinticuatro horas la amistad había sufrido cierta interferencia algo incómoda. La hermana del... que también está un poco... seguramente en esa casa... lo que debe pasar.... Elipsis y sospechas de pensamientos ajenos que sin embargo no nos señalaban, cosas de la buena educación.

Ahora vives en una residencia. No puedes llamar a cualquier hora y tantas otras cosas que no puedes. No tienes móvil, lo pides a la enfermera o enfermero de turno. Estoy en la cocina y suena un número desconocido. Nunca se me ocurre que puedes ser tú, será por la fantasía de que llame

la Gran Ilusión y me asegure que todo fue un sueño, a partir de ahora la vida será ligera como un lalalá.

Repaso y tiro papeles, fragmentos que han sobrevivido a las tachaduras de los cuadernos donde me refería a ti. A menudo era la inquietud quien tomaba la letra para expresarse. Copio:

Podías pasar días convertido en un bulto que hibernaba en la cama superior de la litera mientras los demás íbamos y volvíamos del colegio y el instituto.

De madrugada te levantabas y buscabas a tu padre. Le pedías dinero. Las broncas.

La etapa de las quemaduras de cigarrillos en los antebrazos, las manos, los dedos deformados por unas heridas que parecían volcanes en miniatura.

La etapa de los intentos de suicidio, sustos que representaban y expandían el sufrimiento.

Nuestros padres no cuestionaron al psiquiatra recomendado por unas amistades a las que consideraban más inteligentes por ser más ricas. Podían adquirir más propiedades y suscripciones a la prensa internacional, invertir en bolsa, cada año viajar a un lugar exótico. Por su parte el doctor del despacho enmoquetado iba facturando por la cronificación de tu enfermedad y el aumento de nuestros pesares. No había solución, se nos inculcó. El psiquiatra nunca preguntó por el entorno familiar y social, ni por los vínculos y las inquietudes del paciente mayor de edad que hubiera podido responder por sí mismo de no haber sido anulado por

el padre. Se limitó a recetar esto y lo otro para estabilizar, en teoría, el interior de tu cabeza, la mente desequilibrada. Como si esa zona no fuera permeable, no estuviera relacionada con tantas otras variables que, en suma, nos conforman como personas, contingencias.

Que se tome este nuevo medicamento. ¿Sigues agresivo? Vaya, habrá que reajustar la dosis. ¿Duerme demasiado? Es normal, bueno, no hay nada malo en pasar los días amodorrado. Pedid de paso esto otro en la farmacia para prevenir afecciones de hígado. Es un poco más caro pero merece la pena.

Al estigma de familia con esquizofrenia paranoide se añadió la incomodidad que procura el dinero en su carencia de efectivo. El coste de tu enfermedad supondría un importante presupuesto mensual de por vida, sólo para gastos de farmacia. Por entonces no entraban ingresos porque el padre había dejado de trabajar. Vendieron unas joyas de oro, luego unos terrenos, dotes de la madre.

En lugar de contrastar opiniones en otras latitudes, compartir dudas en abierto con otros profesionales o cuestionar el diagnóstico, nuestros padres adoptaron al instante el relato victimista en el que se especializaron. Fuiste relegado a la condición de enfermo mental sin voz ni voto ni siquiera sobre sí mismo. Como discapacitado no podrías tomar decisiones. No a la posibilidad de vivir tu vida, nunca más entrar y salir por una puerta rumbo al exterior ilimitado.

Como tutores legales, tus padres recibirían y gestionarían tu pensión mensual vitalicia. Sus firmas en un documento oficial ante notario rubricaron los términos del

contrato paternofilial que no sé si te comunicaron. Ahora claro que lo sabes. Desde ese par de garabatos, tu mayoría de edad dejó de significar potestad sobre ti mismo, quedó remozada como edad dependiente de por vida. Las autoridades citadas decidirían por ti. Es decir, el paterfamilias.

Más tarde también firmarían la aplicación del primer electrochoque, palabra que de manera similar a manicomio entonces desplegabla cierta fantasmagoría de tortura y convocaba algunos símbolos ancestrales del imaginario colectivo: dementes en blanco y negro, escaleras de piedra, cuerpos deformes reducidos a despojos achicharrados en sótanos, las manos como garras detenidas unos centímetros antes de cavar la propia tumba. Ya ves que me ha dado por hacer una caricatura.

Las instituciones psiquiátricas del sistema no tan democrático como se publicitaba, la psiquiatría más acartonada irían puliendo la técnica asadora de neuronas llamada electrochoque hasta reducir su denominación a sólo tres siglas más técnicas e higiénicas: TEC. Hoy la terapia electroconvulsiva no tiene nada que ver con el electrochoque, dijo nuestra madre, ansiosa por creerlo después de firmar la nueva tanda de descargas eléctricas dirigidas a tal zona cerebral o cefálica, foco hipotético de tu enfermedad.

Te escapaste más de una vez, seguramente cuando te dabas cuenta de la ausencia de perspectivas. Nunca podrías trabajar, nunca conocerías las apasionantes relaciones y tensiones entre esfuerzo, trabajo, amor y vida. Denuncia policial,

drama de una semana o de los días que durase tu libertad ilegal. Al final te encontraban y te aislaban, aumentaban la medicación, distanciaban las visitas de tu padre. Por su parte tu madre, a quien más insultabas, redujo las suyas. Abandonó la posibilidad de mantener contigo otro vínculo que no fuera ese desencuentro protagonizado por la foto fija de su pena. No hizo nada que significara ayudarte. Puede que ahí comenzara su deriva mental, el deterioro neurológico, el progresivo abandono de la vida social hasta extraviarse en su propio laberinto doméstico.

Esta semana cumples sesenta años de una vida entregada a las instituciones psiquiátricas antes de ser vivida. Copio de los cuadernos observaciones no tan inconexas:

Nos mantenemos con tu pensión mensual mientras tú empeoras y derivas de centro en centro.

Un día dijiste que habías conocido a más de treinta psiquiatras, hombres y mujeres que en algún momento habían mostrado cierta preocupación por tu bienestar. En cumplimiento de su trabajo realizado con mayor o menor vocación, seguramente cada profesional añadió alguna nota a tu historial clínico; decisiones sobre tu vida que no siempre te transmitieron.

De vez en cuando te acuerdas del dinero y te enfadas. Exiges que te sea devuelto. Quieres comprarte un reloj. Es tu pensión. Tu hermano Enrique te considera un héroe por haberla sacrificado. Discuto con él porque para qué

queremos héroes, y porque eso no es un sacrificio sino un expolio, un robo con coartada de mierda. Escenas con comentarios similares sobre el dinero de tu pensión invisible para ti, disfrutada por tu parentela, entre quienes me encuentro, se repiten cada tanto en un café. Me desencuentro con todos menos contigo. Alguien debería pedirte perdón y darte las gracias, como mínimo.

Cuando se te llevaron me tocó dar el espectáculo. Comencé a salir de noche, presentarme de madrugada borracha hasta la pérdida de conciencia o ni siquiera volver. Culpa-ba de viva voz a nuestro padre, quien se burlaba de la hija que también le había salido torcida y hasta retorcida. Mírala, desde luego que no se parece a su santa madre, de dónde habrá salido.

Me obligó a pasar por la consulta enmoquetada del psiquiatra.

Aunque forcejeé con mi padre para escupir las pastillas de la medicación, al final no pude evitar tragarlas. Tú ganas, hijo de puta. Recuerdo una temporada de plácida anulación contra la que era imposible ofrecer resistencia; iba volando por la acera, qué importaba desaparecer cuando ya se era insignificante. De pronto advertía que el tratamiento producía cambios profundos en mis recuerdos de futuro, o sueños de pasado, en las ilusiones del presente que habían desaparecido en una bruma espesa, indescifrable, y ese atisbo de conciencia me enardecía. En un ataque de furiosa lucidez decidí una vida exenta de pastillas. Crecería alejada de la casa de locos de la calle Platón.

Y ahora aquí estamos, al cabo de tantos años y tantas arrugas. Te ríes cuando comentamos: menuda vida, cuántos palos me he llevado, me río por no llorar. Has perdido muelas. Hablas de cosas que has vivido como si no las creyeras; las sueltas para dejarlas inacabadas, desprenderte. Si te contara, empiezas mientras elevas los hombros, pero nunca das detalles. Son cosas demasiado feas, para qué. Como si supieras que un horror concreto nunca más te rozará.

Quieres saber qué estoy escribiendo. Eres el único que muestra interés por lo que hago. En más de una ocasión me has pedido que escriba algo para ti. En una de tus llamadas telefónicas te mostraste exultante porque se te habían ocurrido diez títulos para mi próximo libro. No decimos novelas sino libros, sin más. Espera, busco para apuntar, te dije mientras seguía en la cocina vaciando el lavavajillas. No anoté con papel y bolígrafo, fui arrojando tus ocurrencias a la mesa de esta memoria que ahora escribe, sobre el cúmulo de datos que podrían dar cuenta de tu metamorfosis en el Charli que ahora eres. Mientras colocaba vasos y cubiertos escuchaba los títulos: *He comido dos ajos*, *El mar marrón*, *Un vaso de agua, por favor*, y así hasta diez. Espera, aún tengo dos más. Como el mago de la chistera. Ahora ni me acuerdo pero entonces los repetí como si los estuviera anotando y sopesando: este me gusta mucho, este qué raro es.

Llevas unas gafas de montura azul claro, perilla, gorra de visera, una bandolera, una gruesa cadena de plata, sudadera gris. Estás calvo, tienes un lunar-verruga en la punta de la nariz, pendiente de cita dermatológica.